



MOMENTOS PERFECTOS

Vuelvo a la novela “Tan poca vida” de Hanya Yanagihara para recuperar un pasaje que dice:

“Cuando se lo preguntó, Willem experimentó la previsible melancolía por haber echado a perder un momento perfecto, y que todo —el cielo teñido de rosa y el filo del cuchillo deslizándose limpiamente por las verduras— había conspirado para crearlo, solo para que él lo estropeará”.

El contexto es una pregunta que el personaje de Willem hace, y que rompe un momento perfecto, y me resuena profundamente por todas las veces que yo lo he hecho. Con una pregunta, con un comentario, con una acusación, o con cualquier tipo de intervención he roto un momento que estaba siendo mágico, y que quizás no se repita.

¡Qué difícil callarse a veces! Qué difícil, primero, darse cuenta de que se está generando un momento perfecto, y segundo, dejar de lado lo que tengo que decir para simplemente dar espacio y conservar virgen ese momento.

Tengo la experiencia, por ejemplo, de haber roto comidas entrañables con los hijos por sacar a colación un tema que sí, es cierto, se tenía que hablar, pero no en ese momento. No me había dado cuenta de que estábamos en un momento perfecto.

¿Y por no romper un momento perfecto nos tenemos que callar las cosas? Pues no necesariamente. En ese momento sí, sin duda. Pero podemos tenerlas en mente - mantenerlas vivas en nuestra mente- para buscar el momento de compartirlas. La idea es “no ir a piñón” con lo mío, y saber darme cuenta de que está siendo un momento perfecto, y que por tanto lo que toca es sólo disfrutarlo.

La felicidad se teje con la suma de momentos perfectos. No los estropeemos. Y menos por algo que seguro que puede esperar. No vale la pena.